

ITINERARIOS DE LA SELVA

*I'd be an Indian here, and live content
to fish, and hunt, and paddle my canoe,
and see my children grow, like young wild fawns,
in health of body and peace of mind,
rich without wealth, and happy without gold.*

(A. R. Wallace: *Travels on the Amazon and Río Negro.*)

La selva, que juzgábamos definitivamente perdida para nuestro entendimiento, tan distante parece de nuestras modestas inquietudes urbanas, defendida de la civilización y de la técnica, la descubrimos ahora en las páginas de los diarios: su intimidad violada, sus misterios desvelados, la ecología en pánico. Se alargan, por florestas y valles, los límites del mundo civilizado. Y podemos decir que se escribe hoy, en la Amazonía, el más fascinante capítulo de la historia de la conquista y de la colonización de América. Es tiempo de epopeya. Los actuales conquistadores —*mateiros*, obreros humildes, constructores, colonos, baqueanos— responden, sin saberlo, tal vez, al llamado del espíritu de frontera —*the frontier mind*—, cuya importancia fue señalada por Frederick Jackson Turner en un ensayo clásico sobre los *pioneros* americanos.

Quien por primera vez ha visto en el valle amazónico una de las más extensas fronteras tropicales modernas fue Charles Wagley, en su libro *Una comunidad amazónica* (1). Las carreteras Belem-Brasília, Transamazónica, Cuiabá-Santarem, Perimetral Norte crisan, con un risco negro de asfalto y piedra —larga cruz a dividir el mapa de Brasil— la exactitud de ese bautismo. Es la selva nuestra última frontera o, como querían Humboldt, Euclides da Cunha y José Eustasio Rivera, la última página inédita del *Génesis*.

Se debe advertir, y por muy justos principios, que a los portugueses, atentos a la defensa del territorio descubierto, no se les ha olvidado la necesidad de poblar para tornar legítima la posesión ni, tampoco, la obligación de colonizar para asegurar derechos. La Amazonia ha sido, nos lo recuerda la lección de la Historia, frontera omnipresente en los destinos de España y Portugal.

Francisco de Orellana (2), el primero en atravesar el «río-mar»,

(1) Charles Wagley: *Uma comunidade amazônica. Estudo do homem nos trópicos*. Trad., Sao Paulo, Companhia Editora Nacional Brasileira, 1957, série 5.ª, vol. 290, p. 20.

(2) Sobre la expedición de Orellana, Bautista Ramusio: *Delle navigatione et viaggi in molti luoghi...* Venecia, 1554; Agustín de Zárate: *Historia del descubrimiento y de la conquista del Perú*, Madrid, 1886 (la primera edición es del siglo XVI); Francisco López de Gó-

en 1542, ha vinculado su nombre a la leyenda de las mujeres guerreras, extrañas habitantes de las orillas del río Caimé, al sur del Solimões, entre el Ucaiale y el Madeira. El encuentro del conquistador con la tribu indígena, armada de arcos y flechas, el pelo largo, al viento, se ha transformado en motivo de repetidas y sucesivas reelaboraciones míticas. A la vista del grupo belicoso, le ha venido, seguramente al conquistador, la visión de otro cuadro: el que le fue enseñado por la Antigüedad clásica, a las orillas del Termodonte, en tierras de la Capadocia. Como respuesta a la súbita e inesperada revelación de la fantasía, el valiente español ha atribuido sangre y origen tupis a las fabulosas guerreras que los griegos llamaban Pentesilea, Antíope, Valestris, Tomiris...

Alexandre Humboldt (3), siglos más tarde, había de injertar en su obra ese episodio de la tradición de la Conquista. Lo tomó, probablemente, de La Condamine (1745). Y afirma, dando crédito a la ficción, que también él las encontró en el Solimões, entre el Tefé y la embocadura del Purus. También Raleigh, en el siglo XVI, ha insistido en la divulgación de la leyenda. Las amazonas vivían, según su relación, al sur del Maranhão, en la provincia de Tapajós. Testigos dignos de fe le habían asegurado de sus inmensas riquezas: vajillas, adornos y objetos de oro, adquiridos gracias a las milagrosas piedras verdes, *muiraquitãs*, conocidas por sus virtudes curativas. Lo curioso es que La Condamine, cien años después, haya descubierto, en poder de los indios, gran número de esas piedras, heredadas, conforme le han declarado, de sus antepasados, amigos o amantes de las mujeres sin marido que sólo obedecían a una principal: la *condori* o *conhori* (4).

El mito de las amazonas se ha difundido en innumerables crónicas de viaje. El río, de inicio llamado Orellana, acabó por denominarse río de las Amazonas, prueba evidente y efectiva de la importancia ex-

mara: *Historia general de las Indias*, Madrid, 1877 (la primera edición es también del siglo XVI); Garcilaso de la Vega, el Inca: *La Florida*, Madrid, 1723 (la primera edición es de 1605); Antonio Herrera: *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del Mar Océano*, Madrid, 1601; Simao Estácio da Silveira: *Relação sumária das coisas do Maranhão*, Lisboa, 1624; Cristóbal de Acuña: *Nuevo descubrimiento del gran Río de las Amazonas*, Madrid, 1641 (consúltese, en portugués, el volumen núm. 203 de la *Brasiliana*, serie 2.ª, traducción y notas de C. de Melo Leitao; Gaspar de Carvajal, Alonso de Rojas y Cristóbal de Acuña: *Descobrimientos do Rio das Amazonas*, Sao Paulo, Companhia Editora Nacional, 1941); Charles Marie de la Condamine: *Relation abrégée d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique Méridionale...*, París, 1745 (consúltese, en portugués, la traducción de Aristides Avila: *Relato abreviado de uma viagem pelo interior das América Meridional*, Sao Paulo, Edições Cultura, série Brasílica, 1944); G. F. de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, 1855, IV; José Toribio de Medina: *Descubrimiento del Río de las Amazonas*, Sevilla, 1894; André Thévet: *Singularidades de França Antártica, a que outros chamam de América*, trad., Sao Paulo, Companhia Editora Nacional, Brasiliana, 1944, série 5.ª, vol. 229.

(3) *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente. Hecho en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 y 1804 por A. de Humboldt y A. Bonpland*, trad., en *Viajes por América del Sur*, traducción, Madrid, Aguilar, 1962, II.

(4) Charles Marie de la Condamine, trad. cit., pp. 66-69.

traordinaria de la fábula antigua. El mismo Humboldt, cientista austero y grave, no quiso desmentir la tradición y huyó, muy sutilmente, a la refutación de la leyenda: prefirió explicar que no estaba exenta de fundamento la relación de los primeros conquistadores.

El valle amazónico, exótica región de sombras, árboles y lianas, despoblado ya de sus habitantes guerreras, ha continuado abrigando, por largo tiempo, algunos de los mitos más caros de la humanidad. Destaca, entre muchos, el de *El Dorado*. Las referencias a las riquezas del reinado del Paititi aparecen a partir de 1549, a la llegada de trescientos indios del Brasil a Chapapöia. Alfred Métraux, en las *Migraciones históricas de los tupis-guaraníes* (1907), observa que todas las expediciones al estero del Amazonas tenían un interés: el descubrimiento de la tierra maravillosa cuya abundancia de piedras y metales preciosos había sido largamente propalada por los indios inmigrantes. El dilatado eco de esas leyendas, asociadas, en su mayoría, a la tradición del *Dorado* —príncipe del reino amazónico que, en el día de su consagración, cubierto de polvo de oro, se bañaba en un inmenso lago, al cual sus súbditos lanzaban pesada carga de joyas de valor— inspiró enredos fantasiosos, inflamó la ambición de los conquistadores.

Don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, se ha rendido también a la tentación de descubrir *El Dorado*. Animado por el sueño de la conquista inestimable, ha autorizado don Pedro de Ursúa a armar soldados y caballeros, a convocar indios y formar tropas con el fin de tomar posesión del país de la abundancia. El infeliz conquistador, héroe de muchas batallas, triunfador en peleas innumerables, responsable por la victoria de las armas españolas contra los rebeldes revolucionarios del Panamá, sucumbió a la mitad de su itinerario, víctima de la envidia y de la traición de uno de sus capitanes, Fernando de Guzmán, que se hizo nombrar Primer Príncipe del Perú. Se ha frustrado, por tanto, en sangre y desgracia, el sueño del marqués. Al fin de la inútil expedición no se ha cerrado, sin embargo, ese capítulo de la Conquista. Lope de Aguirre asume el poder y pasa a llamarse «Fuerte caudillo de los Marañoses». Su itinerario, desde el río Negro al Orinoco, para llegar al mar, alcanza las dimensiones de la más absurda alucinación mental. En furia desatada, Aguirre blasfema contra Dios, su «más grande» enemigo, desafía a Felipe II. A los que lo acompañan impone, a hierro y sangre, tiranía hedionda. Perseguido por la justicia, y dudoso de la clemencia de la ley, mata a su propia hija para salvarla de la prisión.

Werner Herzog, joven cineasta alemán, ha reelaborado la historia del caudillo de los Marañoses en su película *Aguirre, o la cólera de*